

nocian en él un jurisconsulto cuyo saber respetaban.

D. Anastasio Ochoa y Acuña, poeta satírico de indisputable mérito, nació en el pueblo de Huichapan, perteneciente al Estado de Méjico, en 27 de Abril de 1783. Escribió un número considerable de poesías satíricas que fueron acogidas con extraordinario aplauso, y dió al teatro una tragedia intitulada *D. Alfonso*. Despues de algunos años, reunió todas sus composiciones sueltas y las publicó en Nueva-York, en dos tomos, con el título de *Poesias de un mejicano*.

D. Joaquin Velazquez Cárdenas y Leon es una de las figuras notables que honrarán siempre la patria que le vió nacer. La elocuente y autorizada pluma del respetable baron de Humboldt ha dado á conocer su mérito de una manera cautivadora y digna. «El geómetra mas señalado que ha tenido la Nueva España, despues de la época de Sigüenza, ha sido, dice, D. Joaquin Velazquez Cárdenas y Leon. Todas las tareas astronómicas y geodésicas de este sabio infatigable, llevan el sello de la mayor exactitud.» Referido dejo, al hablar de la comision que el Gobierno le dió para California cuando acompañó al visitador Galvez á la expedicion á Sonora, que fué el primero que observó allí el error de longitud con que habian marcado hasta entonces los mapas levantados en aquella parte del nuevo continente, muchos mas grados al Oeste de los que en realidad estaba. El mencionado baron de Humboldt habla, con elogio, de la excelente observacion que el ilustre mejicano hizo en Californias del paso de Vénus sobre el disco del sol el 3 de Junio de 1769, y con motivo de haberse encontrado allí en esa época el

abate Chappe haciendo la misma observacion, dice: «El viajero francés quedó sorprendido de la armonía que habia entre la observacion de Velazquez y la suya. Sin duda extrañó encontrar en California un mejicano que, sin pertenecer á ninguna academia, ni haber salido jamás de Nueva España, hacia tanto como los académicos. En 1773 hizo Velazquez el gran trabajo geodésico, del cual hemos dado algunos resultados en nuestro análisis del atlas mejicano y aun volveremos á hablar cuando tratemos de la galería de desagüe de los lagos del valle de México. El servicio que este hombre infatigable hizo á su patria, fué el establecimiento del Tribunal y escuela de minas, cuyos proyectos presentó á la corte. Acabó su laboriosa carrera el dia 6 de Marzo de 1786, siendo el primer director general del Tribunal de minería, con los honores de alcalde de corte.»

Podria seguir mencionando otros muchos mejicanos no menos ilustres que los que he dado á conocer; pero como aunque nacidos en el mismo siglo, florecieron al principio del siguiente, consignaré sus nombres cuando llegue la época en que figuraron. Entretanto bastará decir el número que solo de doctores y bachilleres en todas facultades se graduaron en la Universidad de Méjico desde 1553 hasta 1775, para que el lector se forme una idea del grado de ilustracion á que se encontraba, al terminar el siglo XVIII, aquel hermoso país, por desgracia muy poco conocido en Europa, y pueda apreciar la cultura de sus hijos, siempre amantes del saber y cultivando las ciencias y las letras con buen éxito, aun en medio de las discordias civiles que despues han tenido. El número de

individuos que adquirieron el grado de doctores y de bachilleres en los diversos ramos de la ciencia y de las letras fué el de treinta y un mil cuarenta y cuatro: mil ciento sesenta y dos de los primeros, y veintinueve mil ochocientos ochenta y dos de los segundos (1). Si á esta respetable cifra se agrega, como debe agregarse, la de los que estudiaban en los demás colegios de las otras provincias como Guadalajara, Guanajuato, Valladolid, Puebla, Oajaca, Durango, Antequera, Querétaro, Michoacan y otros puntos, se tendrá que convenir en que los hijos de la Nueva España no se hallaban á menos altura en ciencias y letras á los mas cultos países de Europa. El baron de Humboldt, hablando de lo extendida que estaba en aquel hermoso país la química, dice: que «un viajero europeo no dejaria de admirarse de encontrar en lo interior del país, y en los confines de las Californias, jóvenes mejicanos que razonan muy bien sobre la descomposicion del agua en la amalgamacion al aire libre».

Tambien el bello sexo tuvo en Méjico en el siglo XVIII sus lumbreras en el saber, como las tuvo en el siglo XVII en Sor Juana Inés de la Cruz y otras de quienes hice honorífica mencion. Entre las que llamaron justamente la atencion, se encuentra D.<sup>a</sup> Gonzaga Castillo. Esta apreciable mejicana fué matemática y astrónoma, y escribió

(1) Este dato es exacto, pues consta ese número en el prólogo de las *Constituciones de la Real y Pontificia Universidad de Méjico*, en la página 7 de la segunda edicion hecha en 1775, en que dice: «Asimismo se han graduado en esta Universidad mil ciento sesenta y dos Doctores y Maestros, y veinte y nueve mil ochocientos ochenta y dos Bachilleres».

las *Efemérides calculadas al meridiano de Méjico para el año de 1757*. No es menos digna de mencionarse D.<sup>a</sup> Ana María Zúñiga, cuyas composiciones literarias alcanzaron la admiracion de los literatos de su siglo. En sus composiciones campean la gracia, el ingenio, la agudeza, la amenidad y la correccion. Compitió con los poetas mas notables de su época, con los cuales entró en certámenes, alcanzando en muchos de ellos el premio.

Tambien las bellas artes tuvieron sus dignos representantes en los mejicanos del siglo XVIII. A los ilustres pintores que brillaron en el anterior, y cuyos nombres dejé consignados en su lugar correspondiente, siguieron otros cuyos cuadros podrian figurar dignamente en los principales museos de Europa. Las bellas concepciones del inmortal pintor sevillano D. Bartolomé Estéban Murillo, pasando el Océano desde mediados del siglo XVII, fueron á propagar en la América el gusto de la nueva escuela por él fundada. Infatigable y fecundo, envió sus primeros ensayos á la Nueva España, flores primitivas de su ingenio, cuya aromática semilla, encontrando feraz terreno donde reproducirse maravillosamente, preparó un cambio radical en el gusto. Los artistas mejicanos saludaron con entusiasmo la nueva escuela que presentaba grandes tesoros artísticos y abria nuevos senderos al templo de la gloria.

Al frénite de la nueva escuela descuellan las notables figuras de Juan Rodriguez, llamado el Apeles mejicano, y D. Miguel Cabrera, indio zapoteco, natural de Oajaca (1). El estilo del primero podríamos llamar de tran-

(1) Brilló tambien en esa época en Méjico el español Sebastian de Arteaga,

sición por haber ejecutado sus primeros cuadros segun las máximas de la escuela del excelente pintor Echave, y los últimos bajo la influencia del gusto *murillesco*. Su dibujo es correcto, y brillante su colorido; en sus figuras resalta la verdad, y todas sus obras revelan el alto mérito de un excelente artista.

D. Miguel Cabrera, no menos correcto, ha dejado en sus numerosas obras las irrecusables pruebas del grado de perfección á que habían llegado los mejicanos en el divino arte de la pintura. El carácter típico de la nueva escuela se ve desarrollado completamente en ese admirable pintor que, á una prodigiosa facilidad de ejecución, reunía una sorprendente fecundidad de concepto. Asombra el número de cuadros que brotaron del diestro pincel de ese artista, á quien por su fecundidad podría llamársele el Lope de Vega de los pintores. Cabrera, con otros aventajados artistas mejicanos, llenó de excelentes cuadros los claustros de la Profesa, de Santo Domingo, del Hospital de Terceros de Méjico y de otros muchos de las capitales y ciudades de diversas provincias de la Nueva España. Las corporaciones religiosas eran las que ocupaban á los artistas comprándoles sus bellas producciones para adornar sus templos; y el arte, encontrando honra y provecho para los que se consagraban á su estudio, prosperaba y se extendía.

El viajero italiano Beltrani, al hablar de los cuadros

notario del Santo Oficio, como se firma en uno de sus notables cuadros. Hago mencion de él, así porque la mayor parte de sus obras las hizo para el país, como por la amistad que llevaba con los artistas mejicanos.

de Cabrera, dice que algunas de sus pinturas se llamaron «*maravillas americanas*, y que todas fueron de un mérito relevante». Luego, particularizando los cuadros que mas llamaran su atención, agrega: «La vida de Santo Domingo, pintada por él en el claustro del convento de su nombre; la vida de San Ignacio, y la historia del corazón del hombre degradado por el pecado mortal y regenerado por la religion y la virtud en el claustro de la Profesa, ofrecen dos galerías que en nada ceden al claustro de Santa María la Nueva de Florencia, y al campo santo de Pisa. Me aventuro tal vez demasiado diciendo que Cabrera solo, en estos dos claustros, vale lo que todos los artistas juntos que han pintado las dos magníficas galerías italianas. Cabrera tiene los contornos de Corregio, lo animado del Dominiquino y lo patético de Murillo.»

Al lado de los distinguidos pintores brillaban tambien no pocos notables escultores, cuyas obras están revelando la inteligencia, el saber y el buen gusto.

D. José Antonio Villegas y Coras, natural de Puebla, dió á sus figuras una expresión y naturalidad cautivadoras. Entre sus obras maestras descuellan una Purísima en la iglesia de San Cristóbal, en Puebla; un San José en el convento de San Pablo, y las Vírgenes del Carmen y de la Merced.

D. José Zacarías y Coras, sobrino suyo, nacido en 1752, no es menos acreedor al nombre de excelente escultor. El Cristo llamado de los Desagravios de la iglesia de San Francisco, en Puebla, acredita la habilidad del artista. Las colosales estatuas de piedra que coronan las majes-

tuosas torres de la catedral de Méjico, son obra suya, que ejecutó hallándose en la capital, y se colocaron en ellas el 26 de Setiembre de 1792.

En la arquitectura se distinguió, entre otros muchos, D. Francisco Eduardo Tres-Guerras. La iglesia del Cármen de Celaya, obra verdaderamente notable, el puente y no pocas mas de igual mérito donde campean el buen gusto y la observancia de las reglas, unidas al talento, son las elocuentes páginas que están patentizando el genio y el saber del distinguido arquitecto mejicano.

Respecto de los adelantos en la ciencia minera, ya hemos visto que el sistema de beneficio de Born, llevado por los mineros alemanes, era muy inferior al llamado de patio, que se usaba en el país.

Las artes adquirieron nuevo impulso y vigor en el reinado de Carlos III. El monarca que habia hecho salir de la tumba á las ciudades de Herculano y Pompeya, que ocultaron por espacio de diez y ocho siglos tesoros de inapreciable mérito para las bellas artes, trató de que en el Nuevo Mundo brillasen en todo su esplendor. Habia fundado en Méjico la Academia, enriqueciéndola con una coleccion de modelos de notable mérito, y envió profesores hábiles en las tres bellas artes del diseño. Entre esos profesores figuraron D. Manuel Tolsa, escultor y arquitecto insigne, que ha dejado inmortalizado su nombre con el edificio del Colegio de Minería y la magnífica estatua ecuestre de Carlos IV, y el distinguido pintor D. Rafael Jimeno, autor de la admirable gloria al temple que adorna la espaciosa bóveda de la catedral, obra maestra que no se puede ver sin admirar.

El estado de adelanto en que se hallaba Méjico, está consignado en las apreciables páginas del *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, del ilustre baron de Humboldt que visitó el país en 1803. Ese sabio viajero aleman es uno de los pocos escritores extranjeros que han hecho justicia á los mejicanos y á los gobernantes que regian los destinos del país. «La instruccion pública», dice, y permítaseme que repita sus palabras dadas á conocer ya en el anterior tomo, «hace muy notables progresos en Méjico, en la Habana, en Lima, en Santa Fé, en Quito, en Popayan y en Caracas.» Despues de ponderar la cultura, el trato social, el conocimiento que los habitantes de la Habana tenian de la situacion de los negocios políticos y su influencia en el comercio, así como de los esfuerzos de la Sociedad patriótica «en proteger las ciencias con la mayor generosidad y celo», se expresa en los siguientes términos (1): «En Méjico, en Santa Fé y en Lima están mas extendidos los estudios de las matemáticas y de las ciencias naturales, á los que se dedican con ansia los jóvenes. Ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandiosos y sólidos como la

(1) Aunque, como he dicho, he dado á conocer las palabras del baron de Humboldt en el tomo cuarto, páginas 33, 34, 35 y 36, he creido conveniente repetir las aquí, por estar de acuerdo con la relacion que hago del estado de adelanto á que habia llegado el país al terminar el siglo XVIII. He preferido repetir la descripcion á citar las páginas en que estaba consignada; porque generalmente el lector prescinde de ocurrir al tomo y página que los escritores indican, por no interrumpir la lectura que le ocupa.